



Rubén Darío en la AECID: correspondencia de Leonidas Pallares y Leopoldo Díaz

Teodosio Fernández¹

Resumen. La Biblioteca Hispánica de la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo (AECID) custodia en Madrid un Archivo de Rubén Darío. El artículo estudia la correspondencia enviada al poeta nicaragüense por el ecuatoriano Leonidas Pallares y el argentino Leopoldo Díaz en los primeros años del siglo XX. Los documentos autógrafos analizados permiten avanzar en el conocimiento de la biografía de Darío y de las relaciones que entonces mediaban entre los escritores hispanoamericanos residentes en Europa.

Palabras clave: Rubén Darío; Leonidas Pallares; Leopoldo Díaz; escritores hispanoamericanos; Europa.

[en] Rubén Darío at the AECID: the correspondence of Leonidas Pallares and Leopoldo Díaz

Abstract. The Hispanic Library of the Spanish Agency for International Cooperation and Development (AECID) preserves a Rubén Darío Archive in Madrid. This article explores the correspondence sent to the Nicaraguan poet by the Ecuatorian Leonidas Pallares and the Argentinean Leopoldo Díaz in the first years of the twentieth century. The analyzed autographs help us to increase both our knowledge of Rubén Darío's biography and the relations that back then were established between the Latin-American writers living in Europe.

Keywords: Rubén Darío; Leonidas Pallares; Leopoldo Díaz; Latin American writers; Europe.

Como citar: Fernández, T. (2017) Rubén Darío en la AECID: correspondencia de Leonidas Pallares y Leopoldo Díaz, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 46, 217-231.

La Biblioteca Hispánica de la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo (AECID) custodia en Madrid un Archivo de Rubén Darío que reúne documentos en su mayoría de los primeros años del siglo XX, cuando el poeta nicaragüense había fijado su residencia en París. Esos documentos me han dado ya oportunidad para referirme a las relaciones de Darío con escritores españoles e hispanoamericanos (Fernández 2016a), así como de reconstruir el viaje a Italia que realizó en el año 1900 (Fernández 2016b). Por tercera vez vuelvo sobre ellos, convencido de su utilidad a la hora de precisar la biografía de Rubén y las circunstancias en que surgió su obra, en esta ocasión para examinar los autógrafos

¹ Universidad Autónoma de Madrid.
E-mail: teodosio.fernandez@uam.es

de dos de los escritores mejor representados en el archivo: el ecuatoriano Leonidas Pallares (lo escribo así porque así debe ser) y el argentino Leopoldo Díaz. Las relaciones que Darío mantuvo por entonces con ellos no fueron tan intensas y conflictivas como las que lo ligaron a Enrique Gómez Carrillo, José María Vargas Vila o Rufino Blanco Fombona, lo que no ha sido ajeno a la escasa atención que han recibido. También ha jugado en contra de ambos el olvido al que han sido relegadas sus obras literarias respectivas. Esta mínima recuperación está sobradamente justificada, y la sabrán apreciar cuantos estén interesados en la biografía de Rubén Darío, esa figura fundamental de las letras hispánicas.

Designado para representar a su país en la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892, Rubén Darío embarcó en el transatlántico *León XIII* en el puerto panameño de Colón, rumbo a España. Entre los viajeros se contaba “el Delegado por el Ecuador, don Leonidas Pallares Arteta, poeta de discreción y amigo excelente”, según había de recordar en su *Autobiografía* (Darío 1912a: s. p.). La amistad se afianzó durante la estancia en Madrid, y pudo reanudarse tras su reencuentro en París a principios de 1902², cuando Rubén residía en el Boulevard Montparnasse 142 au 148. De las nueve tarjetas postales de Pallares custodiadas en la AECID, las dos más antiguas, fechadas el 13 y el 25 de marzo de 1902 y dirigidas a 9 rue d’Odessa (3RC-721-2-165 y 3RC-721-2-166)³, parecen tener como motivo principal (y único en la primera, escrita en francés) requerir con urgencia un álbum que Darío se retrasaba en devolver con los versos solicitados. Se trataba del ávido álbum de la ecuatoriana Rosa Sotomayor y Luna, que entonces contaba unos primorosos dieciséis años de edad (había nacido en 1886) y aprovechaba el viaje por España y Francia que realizaba con su familia para enriquecer su colección de versos y dedicatorias de poetas más o menos célebres. Tanto ella como el poema que Darío le dedicó son sobradamente conocidos, al menos entre los interesados en las relaciones del escritor nicaragüense con la República del Ecuador. En el propio poema consta la intermediación de Pallares: “entre lirios y azahares / y rosas ¿cuál es mejor? / Y me contestó Pallares: / ‘Rosita Sotomayor!’”⁴. Es innecesario ver emanaciones del corazón de Darío en versos como esos, y en cada mujer agraciada una musa del poeta. Las dos tarjetas mencionadas no garantizan que Rosita Sotomayor conociera personalmente a Rubén, y prueban sin embargo que este no se apresuraba a cumplir con lo que a todas luces era un compromiso: “Dépêche-toi, mon gaillard. Je suis obligé d’envoyer l’album dans quelques jours”, le urgía Pallares en la primera de

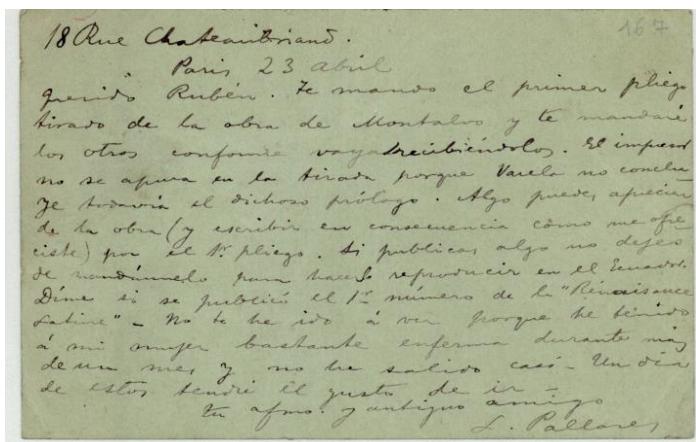
² Es lo que se deduce de una carta de Pallares fechada en París el 20 de enero de ese año, conservada en el Seminario-Archivo Rubén Darío de la Universidad Complutense de Madrid.

³ Anoto sus firmas en la Biblioteca Hispánica de la AECID.

⁴ El poema puede verse en reproducción facsimilar en Carlos Rodríguez Andrade 2002: 117. Tal vez no sea inútil recordarlo completo: “Rosita Sotomayor, / que tienes nombre de flor, / y que flor de amores eres / entre todas las mujeres / del ardoroso Ecuador; / en estos floridos lares, le pregunté a un trovador: / entre lirios y azahares / y rosas ¿cuál es mejor? / Y me contestó Pallares: / ‘Rosita Sotomayor!’ // ¿Cómo será tu fragancia / que la siento a la distancia! / ¡Por tu encanto encantador / ya me quisiera ir de Francia / por el próximo vapor! // Si me dijese el Señor: / ‘de las cosas que [tú] has visto, / pide una a tu Criador’, / le respondería listo: / ‘Señor mío Jesucristo: / Rosita Sotomayor’”.

ellas; sin duda era este el más preocupado por cumplir con Rosita Sotomayor y su adinerada familia⁵.

No faltan otros aspectos de interés en esas tarjetas. La fechada el 25 de marzo de 1902 hace referencia a una encuesta sobre la política norteamericana que la revista *La Renaissance Latine* pretendía publicar, y en la que el escritor ecuatoriano parecía dispuesto a participar a instancias de Darío⁶. Pero otra *carte postale* de 23 de abril del mismo año (3RC-721-2-167) demuestra que el asunto que los unía era ya otro: Pallares, que también se interesaba por la publicación del primer número de *La Renaissance Latine*, estaba implicado en la edición de *Geometría moral*, ensayo inédito de Juan Montalvo que ese mismo año habría de aparecer en Madrid, y parecía esperar que Rubén publicara algo al respecto, como habría prometido, para reproducirlo en el Ecuador: sin duda veía en él a un admirador del célebre ensayista ecuatoriano, al menos porque ya en 1884 había escrito el largo, retórico y tal vez innecesario poema “A Juan Montalvo”, que sin duda redactó tras leer con entusiasmo sus *Siete tratados* y que recogió en 1885 en *Epístolas y poemas*, el volumen finalmente editado en Managua como *Primeras notas* en 1888. Esa tarjeta de Pallares iba acompañada del primer pliego de *Geometría moral*, ya en proceso de edición, y a otra con matasellos del 25 del mismo mes (3RC-721-2-168), cuando Darío acababa de trasladarse de 8 rue d'Odessa a 21 Passage Bosquet, se adjuntarían ese mismo pliego y el segundo. El proceso se desarrollaba con lentitud, porque, como Pallares advertía en la primera de esas misivas, “el impresor no se apura en la tirada porque Valera no concluye todavía el dichoso prólogo”.



⁵ En el modesto archivo de la AECID se encuentran pruebas suficientes de lo que debía de ser más bien una molestia constante para Darío. Pueden verse allí varias solicitudes de rendidas admiradoras (Ana de Stock, Carolina Chaine, Carolina Graña, Emilia Lassaga, Elisa García) que deseaban la colaboración del famoso poeta para sus álbumes, y constancia de que otras la buscaban a través de intermediarios: Evaristo G. Ciganda, Consul Général de l'Uruguay en France, la pedía para su señora y para su cuñada Adela (3RC-721-3-227), y el escritor español Julio Pellicer trataba de conseguirla a través de Manuel Machado para el álbum de su hermana (3RC-721-2-179).

⁶ La encuesta empezó a aparecer en segundo número, del 15 de junio de 1902, con el título “L’avenir des peuples latins de l’Amérique” (pp. 75-89). “M. Eduard Reyer a bien voulu se charger de conduire cette enquête sous les auspices de M. Rubén Darío”, se lee en la página 75, nota 2. Ni en ese número ni en el 5, que la continuó el 15 de septiembre de ese mismo año, aparecieron opiniones de Pallares.

Pallares había conocido a Juan Valera en 1892, e incluso había asistido con Rubén Darío a alguna de las reuniones que celebraba los sábados en su casa de Madrid. En carta a Marcelino Menéndez Pelayo fechada en la capital española el 18 de septiembre de aquel año, Varela se refería a su último “aquellarre literario”, el de la noche precedente, al que junto a Salvador Rueda y otros españoles habían asistido “dos *chichitos*” (criollos o hispanoamericanos, según acepción más bien peyorativa del término): “el Delegado del Ecuador en la Exposición, que es un majadero benigno, y Rubén Darío, de cuyo poderoso y originalísimo ingenio me convenzo más cada día”, precisaba, antes de extenderse en sus opiniones sobre el talento del nicaragüense en contraposición al de Pallares, cuyos versos valoraba como “una décimaquinta dilución de Bécquer en líquida tontería” (Valera 1946: 446-447). Sin duda conocía su poemario *Rimas*, editado en Lima como tomo I de sus *Obras poéticas* en 1894, con un prólogo de Ricardo Palma que parecía escrito especialmente en perjuicio de lo que Rubén Darío representaba. Palma se retrotraía en él a aquellos días compartidos de Madrid en 1892 para recordar las opiniones de “uno de los ingenios más culminantes de la vieja metrópoli” que veía en Darío “el simpático y habilísimo propagandista en América de la escuela parnasiana y o modernista”; ese innominado “ilustre príncipe de las letras” lamentaba el derroche de talento que hacía la juventud americana afiliada al modernismo “para dar vida a versos anémicos y de artificioso mecanismo, que no hacen sentir ni meditar al lector, que son pura música de vesánico vocabulario, y que solo pueden agradar a los caquécicos y a las doncellas histéricas consumidoras de bromuro”. Palma hacía suyas esas opiniones para concluir que “esa literatura de *bibelots*, de *japonerías*, literatura de neuróticos, literatura *fin de siècle*, estaba llamada a tener la vida [de] los infantes que nacen enfermos. De los sietemesinos no se hacen los atletas, ni en el mundo físico ni en el mundo de las ideas”. Por supuesto, esa no era la afiliación de Pallares, a quien el prologuista de *Rimas* asociaba al “espiritualismo romántico” de Bécquer y alguna vez con Campoamor (Palma 1894: I-IV). No es de extrañar que en su correspondencia con Rubén, a quien más de una vez dio noticias de Pallares, Palma se sintiera obligado a restar importancia a lo que había escrito: “Supongo que leería usted mi prologuillo a las *Rimas* de Leonidas... prologuillo de compromiso... ¿no es verdad? De esos compromisos tendrá usted tantos y tantos, que se explicará fácilmente el mío. En buen romance, llené cuatro paginitas... para no decir nada”, se explicaba en una carta conservada en la Biblioteca Nacional de Chile, fechada en Lima el 30 de noviembre de 1894 y enviada a Buenos Aires, donde Darío residía por entonces⁷.

Su quinta tarjeta postal de la AECID, de 30 de abril de 1902 (3RC-721-2-169), muestra a Pallares preocupado por uno de los dos primeros pliegos de *Geometría moral*, tras un encuentro fallido en la Taverne Tourtel por incomparecencia de Darío. Fechada el 16 de mayo de ese año, Pallares dirigía a Darío otra tarjeta (3RC-721-2-170) para preguntarle si había recibido los siete primeros pliegos del ensayo de Montalvo y si escribía algo sobre ellos, a la vez que pedía de nuevo noticias sobre la publicación de *La Renaissance Latine*. Rubén había fijado ya su residencia

⁷ El increíble Alberto Ghirardo (1943: 105-107) suprimió los párrafos de esa carta que se referían a Pallares.

en 166 rue Legendre⁸ cuando recibió una tarjeta más, fechada el 20 de agosto de 1902 (3RC-721-2-171), al parecer acompañada por un ejemplar de *Don Juan Tenorio* que Pallares había pedido a Madrid. No es imposible que Rubén lo requiriera para escribir algo sobre *Geometría moral*, que precisamente se iniciaba con la opinión de que “Don Juan Tenorio es la figura del libertinaje y del amor inicuo, esta oleada de pasiones y corrupción que va destruyendo por el mundo inocencia, reposo y honra” (Montalvo 1902: 1), abriendo paso a la sucesión de personajes literarios o reales que Montalvo estimaba útiles para reflexionar sobre el amor. En la misma tarjeta decía seguir extractando un artículo para *La Renaissance Latine*, y notificaba a Darío que, por fin, el prólogo de *Geometría moral* estaba concluido y en la imprenta. Lo cierto es que Valera había salvado las formas con una larga carta dirigida al señor don Leonidas Pallares Arteta, “distinguido y querido amigo” (Montalvo 1902: V) que le había pedido el prólogo al fin redactado y que, más que un análisis del pensamiento de Montalvo —en el que sin duda había tratado de adentrarse, como demostraban sus referencias a los *Siete tratados* que ahora se completaban con ese octavo y último que era su *Geometría moral*, o a los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, por recordar aquí solo las obras más atendidas—, era una exposición de sus planteamientos personales sobre los países hispanoamericanos y sus relaciones con España, en los que no perdía ocasión para salir en defensa del idioma compartido y de su literatura. Desde luego, poco parecía haberle interesado *Geometría moral*, donde no vio mucho más que “apuntes un tanto cuanto desordenados que Montalvo conservaba entre sus manuscritos” (Montalvo 1902: XXXI).

20 Rue Laffitte Paris, 20 aout
 querido Rubén.
 Te mando Don Juan Tenorio
 que acabo de recibir de Madrid. Perdona
 la tardanza, pero no lo encontré entre
 mis papeles y creí mis expedite pedirlo.
 La semana entrante creo poderte mostrar
 el Prólogo que, por fin, lo concluyó Vale-
 ra y está ya en prensa. No te olvides
 de decirme si se publicó mi retrato en
 la Revue (i) y si pediste a Buenos Ayres la
 carta sobre Montalvo. El artículo para la
 Renaissance lo estoy extractando, pues me
 salió muy largo. Recibe un buen apre-
 to de manos de tu viejo amigo
 Pallares

⁸ Una factura del 1 de julio de 1902 conservada en la AECID (3RC-721-3-260), relativa a “meubles livrés chez Monsieur Rubén Darío”, parece demostrar que el poeta y Francisca Sánchez acondicionaban su residencia por entonces.

Pallares abandonó París por entonces. Desde Lyon, camino de Génova y del consulado del Ecuador en aquella ciudad italiana, enviaba a Darío un ejemplar de las *Rimas* publicadas en Lima en 1884 con prólogo de Ricardo Palma, e insistía en que Varela había concluido el prólogo de *Geometría moral*, del que le prometía enviar un ejemplar en quince días a más tardar⁹. Las dos últimas tarjetas de la AECID lo muestran de paso en París y con deseos de ver a Rubén, el 20 de febrero de 1903 (3RC-721-2-164), y establecido en Génova, desde donde el 17 de mayo de ese año (3RC-721-2-172), felicitaba al ya Cónsul de Nicaragua en París. La distancia habría de hacer esporádicos los contactos entre ambos, pero la amistad se mantuvo, aunque ese ya no es tema de estas páginas¹⁰. Quiero recordar, sin embargo, que desde la edición de *Geometría moral* en 1902 habrían de llegar ecos hasta el poema que Pallares dedicó a Juan Montalvo en 1911, con ocasión de erigirse en Ambato el monumento en su honor; un largo poema en el que no faltaron estrofas dispuestas a recordar que en la mente de su ilustre compatriota había tomado cuerpo “la concepción profunda / de aquella misteriosa, soñada Geometría / de curvas y polígonos de abstracta ideología” que había identificado con el amor (Pallares 1913: 11).

En mi primer acercamiento a los documentos de la AECID ocuparon mi atención quince autógrafos de Leopoldo Díaz, tan brevemente que ahora creo necesario volver sobre ellos para apreciar mejor su significado y añadir alguna precisión. Ya en 1888, Díaz había publicado *Sonetos* con un prólogo de Juan José García Velloso, un navarro afincado en Buenos Aires, en cuyo ambiente literario se había ganado un prestigio notable. García Velloso, que a todas luces prefería a quienes como Rafael Obligado sabían llevar a sus versos el sabor de la tierra argentina, no ocultaba sus reticencias ante la inclinación del joven poeta por la forma “más artificial que artística” del soneto (Díaz 1888: XXXIV). Sin duda lo desconcertaba también la condición ‘cultural’ de unos poemas que mayoritariamente buscaban inspiración en la literatura, en la religión o en la mitología, anticipando la orientación parnasiana que pronto habría de caracterizar a Díaz. No es de extrañar, pues, que este se interesara pronto por la obra de Darío, a quien dedicó su poema “La canción del oro”, publicado en la *Revue Illustrée du Río de la Plata* en septiembre de 1892 (Barcia 1968: 24-25), y que sus relaciones fueran especialmente cordiales desde la llegada del poeta nicaragüense a Buenos Aires en agosto de 1893.

En el diario *La Prensa* quedó constancia de que en esos primeros días en la capital argentina Díaz y Darío coincidieron como invitados en las reuniones que Ernesto Quesada y Rafael Obligado ofrecieron en sus casas para despedir al escritor y diplomático mexicano Federico Gamboa, el 17 y el 19 de ese mes,

⁹ Es lo que consta en una carta fechada en Lyon el 2 de septiembre de 1902 y conservada en el Seminario-Archivo Rubén Darío de la Universidad Complutense de Madrid.

¹⁰ Conviene saber que en 1904 el Stablimento Fratelli Armanino publicó en Génova *Patria inmortal*, poema de Pallares en memoria del héroe ecuatoriano Abdón Calderón en el centenario de su nacimiento. Sin duda se lo envió a Darío, según se lee en otra carta suya del Seminario-Archivo Rubén Darío de la Universidad Complutense fechada en Génova el 6 de julio de ese año, sin duda (sin las dudas de Villacastín 1987: 132 a propósito de “Polladares”).

respectivamente, y se precisaba que en la última “Leopoldo Díaz hizo conocer unas breves cuartetos muy agradables; y en las que se traduce una levisima influencia de la escuela que tiene en América su único y legítimo representante en Rubén Darío” (Barcia 1968: 27-29, notas 23 y 29). La complicidad mutua era evidente cuando Díaz esperaba para sus traducciones de Edgar Allan Poe un prólogo de Rubén y este avanzaba esa noticia y algunas indicaciones junto a declaraciones de “alta estimación y cariño” en el diario *La Razón* de Montevideo el 15 de julio de 1894 (Darío 1970: 41), el mismo año en el que Darío y Ricardo Jaimes Freyre dirigieron en Buenos Aires la *Revista de América*, en cuyos tres números participó Díaz sucesivamente con el soneto “Camafeo” y con traducciones de Víctor Hugo y Leconte de Lisle. Ambos frecuentaron también el Ateneo de Buenos Aires, donde hacia el 1 de octubre de 1896 Luis Berisso leyó una carta de Darío a Díaz cuando este recitaba allí su poema “La leyenda blanca”, publicada ese mismo año en el volumen *Poemas*, que incluía también las secciones “Islas de oro” y “Belphegor”. No es imposible que esa carta incluyese alguna reticencia hacia quien había sido romántico inicialmente y parnasiano después, sobre todo en su poemario *Bajo-relieves* (1895), y ahora parecía volver atrás para conjugar “romanticismo a lo Zorrilla con música inaudita y absolutamente escandinava”¹¹.

Por entonces Darío había viajado a Córdoba, enviado por *La Nación* para informar sobre las fiestas de la Virgen del Rosario, y hasta allí habría de llegar un telegrama de apoyo de Díaz y otros entusiastas de la renovación que él representaba (Ricardo Jaimes Freyre, Luis Berisso, Eduardo Schiaffino y Miguel Escalada) cuando el 15 de octubre la velada organizada en su honor por Carlos Romagosa y otros seguidores en el Ateneo de aquella ciudad desató una de las polémicas más intensas suscitadas por el modernismo¹². En todo caso, *Poemas* dio motivo a “La leyenda del poeta Leopoldo Díaz”, prosa poética de Darío publicada en la revista *Buenos Aires* el 13 de diciembre del mismo año. “Enjaulaba un escramor¹³, el cual por gozar de la libertad le enseñaba el camino de las Islas de Oro; y le revelaba la blanca torre de la princesa ártica que amaba el albo oro encantado; y la vida fatal del bello hermafrodita Belphegor, de nombre de ídolo” (Darío 1968: 96), acertó a resumir aludiendo a las tres secciones que conformaban el libro, aunque lo del “bello hermafrodita” corría a su cargo y no al de Díaz. Las relaciones seguían estrechas cuando este dejó Buenos Aires en 1897 para ocupar un puesto diplomático en Suiza¹⁴. Darío lo despidió con una “Balada a Leopoldo Díaz para que tome por cancillera a una de las nueve musas”. Muchos años después habría de recordar que “Leopoldo Díaz escribía sus elegancias parnasianas, sus poemas de esfuerzo esotérico”, al evocar en su *Autobiografía* aquellos tiempos quizá felices de Buenos Aires y del Ateneo (Darío 1912b: s. p.).

¹¹ Véase esa carta (*La Nación*, 2 de octubre de 1896) en Barcia 1968: 33-34.

¹² Véase “La velada del Ateneo en honor de Rubén Darío” (*La Nación*, 20 de octubre de 1896) en Ibáñez 1970: 112-113.

¹³ Animal fabuloso que Darío pudo encontrar en *Le bel inconnu ou Giglain fils de Messire Gauvain et de la fée aux blanches mains*, “poème de la Table Ronde” debido a Renauld de Beaujeu en el siglo XIII, publicado por primera vez en París en 1860.

¹⁴ En ese año aparecieron sus *Traducciones* (Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos), entre las que aparecía dedicada a Darío la que hizo en prosa del poema *Al Aaraaf* de Edgar Allan Poe. Díaz aprovechaba la ocasión para demostrar que se había carteadado con Leconte de Lisle y Henri de Regnier.

Los datos aducidos permiten suponer que las relaciones entre Leopoldo Díaz y Rubén Darío habían sido estrechas en la etapa de Buenos Aires, y los documentos autógrafos de Díaz custodiados en la AECID ayudan a comprobar que el Consul Général de la République Argentine en Suisse trató de mantenerlas vivas. El más antiguo (3RC-721-1-55) es una tarjeta de visita en la que pide a Darío que comunique a los amigos de *Revista Nueva* que no la recibe desde el número del 5 de diciembre de 1898, y a la vez anuncia que le enviará *Los palacios ilusorios* y *Poemas del amor y de la muerte* y que visitará Madrid a principio de mayo. Puesto que la revista mencionada solo se editó entre el 15 de febrero y el 5 de diciembre de 1899, cabe pensar que Díaz se equivocó en la fecha del último ejemplar recibido y que en realidad se tratara del que puso fin a la publicación¹⁵, lo que anima a creer que esa tarjeta se escribió y envió en los primeros meses de 1900, año en el que Darío dejó España para establecerse en París a mediados de abril, algo que Díaz parecía ignorar. *Vida Nueva*, iniciativa de Luis Ruiz Contreras, había acogido varios poemas suyos, dos de ellos dedicados a Rubén: los titulados “Símbolo” y “El ánfora”, incluidos en los números 15 (5 de julio) y 23 (25 de septiembre) respectivamente.

Para precisar la biografía de Darío resulta relevante una tarjeta enviada de Ginebra a Dieppe (rue Honard 8), fechada el 23 de agosto de 1901 (3RC-721-1-50). Díaz se declaraba informado por su compatriota y amigo Belisario J. Montero, cónsul general de la República Argentina en el reino de Bélgica, de que Darío y el argentino Manuel Ugarte, también de veraneo en Dieppe, pensaban viajar a Bruselas para asistir el 14 de septiembre “al casamiento de Evangelina” (Evangelina Ana Montero Cardiglia, hija del diplomático), y manifestaba su deseo de reunirse con ellos en París para continuar juntos el viaje. Una tarjeta de Montero fechada en Bruselas el 27 de agosto (3RC-721-2-136), también dirigida a Dieppe, muestra a este esperando para el 11 o el 12 “sin falta” la llegada de Darío y de Ugarte, y en ella se refería también a la felicidad de Leopoldo Díaz ante el encuentro, al que se sumarían Victorino de la Plaza, Sergio García Urriburu, Pancho Moreno, Ángel Villa y Ernesto Mayol: una reunión de escritores y diplomáticos argentinos en la que Darío estaba lejos de resultar extraño¹⁶. El 31 de agosto y el 3 y el 4 del mes siguiente Rubén fechó en Bruselas “En tierra belga”¹⁷, crónica para

¹⁵ Darío auguraba su fin ya en carta a Luis Berisso fechada en Madrid el 27 de octubre de 1899: “La *Revista Nueva* será un fracaso. Con esta gente no se puede hacer nada. Yo pienso retirarme. Los veo descontentos de la colaboración americana que viene gracias a mí, y publican cada tontería que da vergüenza” (Torres 1967: 464).

¹⁶ La relación de Darío con Belisario J. Montero se había iniciado en Buenos Aires. Como Leopoldo Díaz, Montero fue testigo del impacto que causó en Rubén la noticia de la muerte de Paul Verlaine, motivo del célebre “Responso”, según habría de recordar Ángel de Estrada cuando el fallecimiento del poeta nicaragüense justificó que en Buenos Aires la revista *Nosotros* le dedicara un homenaje (Estrada 1916: 173). En el diario tucumano *El Orden* había comentado Darío un libro suyo el 3 de noviembre de 1898 (Risco 2014: 379-380), sin duda el titulado *De mi diario*, editado en Bruselas (P. Weisenbruch, impresor del Rey) ese mismo año. La amistad era estrecha, según parece confirmar algún otro documento de la AECID: Ezequiel Soria, que por entonces se preocupaba por la modernización del teatro argentino, buscó la recomendación de Darío ante Montero cuando pretendía viajar a Bélgica, según puede verse en una carta suya fechada el 6 de diciembre de 1902 (3RC-721-2-146).

¹⁷ Así consta en Rubén Darío 2005: 111, nota 250. No sin problemas: dos cartas de presentación para Bruselas escritas por Henri de Groux (3RC-721-2-196 y 3RC-721-2-197) aparecen fechadas el 3 de septiembre, lo que indica que Darío se encontraba entonces en París o que se las entregó después alguno de los amigos que viajaron entonces a Bélgica.

La Nación luego recogida en *La caravana pasa*, y siguió en Bélgica hasta que la visita del zar Nicolás II a Francia lo forzó a salir para Dunquerque, a donde llegó en compañía de Manuel Ugarte, quien confirma ese viaje: “El día 18, Dunkerque, más que una ciudad, me parecía un manicomio. Veníamos con Rubén Darío de Bruges, donde nos habíamos encontrado”, recordaba al hacer la crónica de los “cinco días de confusión” que se iniciaron en aquella fecha (Ugarte 1903: 301-302) y que no fueron tantos, pues el zar emprendió el regreso el día 21. Sus referencias al castillo de Compiègne, donde el zar fijó su residencia, así como a la demostración militar en el fuerte de Fresnes y a la visita a la catedral de Reims del día siguiente, el 19, con los festejos inmediatamente posteriores, permiten deducir que Darío fue testigo de esos acontecimientos. Lo demás (y aun mucho de eso) bien pudo imaginarlo a su gusto en París el día 22, fecha de la redacción del artículo “El zar y el presidente o bien El Oso y Mariana” que *La Nación* habría de publicar en 25 de octubre (Darío 2005: 65, nota 165) y que también encontró acogida después en *La caravana pasa*. Probablemente antes de volver a la capital se reunió con Francisca, quien permaneció en Dieppe hasta esas fechas, según cabe deducir de la factura de gas y electricidad abonada el 21 de septiembre y conservada en la AECID (3RC-721-1-108BIS).

© Leopoldo Philosophes - 9
 Ginebra, Agosto 23 - 1901 50
 Mi querido Darío; me dice Belisario Monte-
 ro que D. J. Ugarte asistiera al 1º Cap. profeso-
 al congreso de Evangelina. - Naturalmente que
 la presencia de D. J. de Ugarte en Bruselas, me
 anima a venir en algunos instantes
 a asistir al acto. Digame cómo que
 D. J. partaría de Dieppe a París - donde
 podremos encontrarnos - pero hacen falta
 el viaje a Bruselas, en caso que D. J.
 no desista otra cosa. En todo presente
 Un Saludo a Ugarte y a su familia
 Un afectuoso saludo de parte de su amigo
 L. Díaz

Marginado en Ginebra, Leopoldo Díaz reiteró las misivas a Rubén en busca de apoyo y contactos para darse a conocer en París. Por ellas se puede saber que apenas llegado a Europa había mantenido correspondencia con Stéphane Mallarmé y con Georges Rodenbach, ambos fallecidos en 1898¹⁸, a los que respectivamente envió manuscritos “La selva de los sueños” y “El ave Merops”, poemas que en

¹⁸ Mallarmé el 9 de septiembre de 1898, según recordaba Díaz a Rubén en carta de 26 de mayo [de 1902] conservada en la Biblioteca Nacional de Chile, desde donde a día de hoy (1 de septiembre de 2017) se identifica insistentemente Genève con Génova.

1902 pensaba publicar junto a otros en un volumen que se podría titular *Los reinos desconocidos* o (como se leía en la misiva antes mencionada) *Los palacios ilusorios*. Una tarjeta fechada en Ginebra el 12 de mayo de ese año (3RC-721-1-49) y dirigida al Hotel de Tours (Passage Bosquet, París) permite saber que entonces corregía pruebas del poemario *Las sombras de Hellas*, que no habría de aparecer hasta enero de 1903. Díaz había visto el nombre de Rubén entre los colaboradores de *La Renaissance Latine* y el anuncio de un artículo suyo sobre literatura hispanoamericana, donde esperaba que se hiciera eco de ese libro que pensaba editar con su traducción francesa en verso y dedicar a José María de Heredia, de quien era admirador declarado. No parecía muy al tanto sobre la producción reciente de Rubén, pues preguntaba si su libro *Peregrinaciones*, editado en París a finales de 1901, se había publicado ya.

En efecto, los sonetos que conformaban *Las sombras de Hellas* aparecieron acompañados de su traducción “en vers français” realizada por el abogado y escritor ginebrino Frédéric Raisin, unos y otros precedidos por un “Préface” de Remy de Gourmont en el que se mencionaba a Darío como “un des initiateurs du mouvement littéraire sud-américaine” y se confirmaba la filiación de Leopoldo Díaz al anticipar que cantaba “la beauté grecque, a la manière de son maître, M. de Heredia” (Díaz 1902: s. p.), a quien iba dedicado el libro. Otra *carte postale* escrita en Ginebra (3RC-721-1-41), con matasellos del 7 de febrero de 1903, asegura que *Las sombras de Hellas* ya había aparecido —en efecto, aunque en su portada se lee “MCMII”, se acabó de imprimir en Ginebra “le 20 janvier 1903”, según consta al final del volumen—, y su difusión se convirtió a partir de ese momento en preocupación fundamental para su autor. Dirigida a 166 rue Legendre, con aquella tarjeta Díaz trataba de confirmar la dirección de Darío para enviarle un ejemplar, anticipándole que Remy de Gourmont lo mencionaba en su prólogo, y otras de ese mismo mes de febrero reflejan esa misma pretensión: el 16 de febrero (3RC-721-1-42) decía haber enviado a Darío dos ejemplares a su domicilio, y le pedía las direcciones de Enrique Gómez Carrillo y de Jean Moréas; el 17 (3RC-721-1-43) aseguraba enviar a Darío (y siguiendo su consejo) un ejemplar para Ernest La Jeunesse y haber remitido otro a la revista *La Plume* para Moréas, confiando en que el nicaragüense interviniera en su favor; y el 19 (3RC-721-1-44) se refería al mismo ejemplar o a otro, que Rubén debería entregar a La Jeunesse, con la esperanza de que este se ocupase del poemario en *Le Journal* o en cualquiera de las publicaciones periódicas parisinas en las que ejercía de crítico literario, a la vez que preguntaba por el destinatario adecuado en *La Revue Blanche* y por otras revistas relevantes. Díaz parecía notoriamente desorientado.

Los oficios de Darío no dieron el resultado apetecido¹⁹. Una tarjeta fechada el 9 de abril (3RC-721-1-44) muestra a Díaz a la espera del comentario de La Jeunesse,

¹⁹ Quizá ni lo intentó. En la mencionada tarjeta del 17 de febrero de 1903, Díaz dejaba constancia de que había enviado *Las sombras de Hellas* a Enrique Gómez Carrillo, de quien no había obtenido respuesta. Quizá las intrigas de este no fueran ajenas a posibles reticencias de Rubén hacia Díaz. Es lo que cabe deducir de una carta fechada en Ginebra el 8 de junio de 1902 y conservada en la Biblioteca Nacional de Chile, respuesta a otra en la que Rubén habría mencionado pruebas de la deslealtad de Díaz que Gómez Carrillo le habría dado: “Ni él (Gómez) ni nadie podrá asegurar que jamás haya yo proferido o escrito algo que no fuera de cariño o admiración para usted, mi querido poeta”, aseguraba el argentino. Quizá tampoco agradaron a Rubén las opiniones sobre su artículo “Le mouvement latin. Amérique Latine”, que *La Renaissance Latine* publicó en marzo de 1903 (era el largamente esperado artículo sobre literatura hispanoamericana): en una carta fechada el

y deseoso de conocer la dirección de Guillermo Valencia en París. Rubén parecía guardar silencio, porque el 12 de ese mismo mes de abril (3RC-721-1-51) Díaz exageraba al afirmar no saber de él “desde hace luengos años”, al tiempo que se interesaba por el paradero de Eduardo Schiaffino, a quien suponía en viaje desde Buenos Aires hacia París, y anunciaba el envío de un libro titulado *La ánforas de Sileno*. El día 30 (3RC-721-1-46) se refería de nuevo al silencio de Darío, volvía a preguntar la dirección de Guillermo Valencia en París, si es que continuaba allí como secretario de la legación colombiana —tres años atrás le había enviado su libro *Ritos* desde la capital francesa—, y se interesaba también por Amado Nervo, pero en su misiva dominaba la decepción: La Jeunesse nada había escrito sobre *Las sombras de Hellas*, y Jean Moréas y Catulle Mendès ni habían acusado recibo de ese libro. “Una de dos: o el libro es muy malo, o los poetas de la Ville Lumière son muy poco *polis*”, era la disyuntiva “de fierro” que se planteaba; apenas parecía esperar que el libro mereciera las líneas que solicitaba a Darío.

36 rue canotelle, April 30 - 1903. 46
 Mi querido Darío - Me he acordado a un tiempo
 preguntándole por el domicilio de Guillermo Valencia en París,
 a ver si allí con la red de la legación de Colombia?
 ¿Amado Nervo? - Los otros poetas que pien mucho y han
 sacado un libro, Valencia me envió hace tres años "Ritos",
 entonces vive en París, ¿espero que diga Estada -
 No, mi querido Rubén, que la promesa es la verdad así
 dice como un libro - me lo he leído, por el menos, una
 acusara recibo a algunas líneas, si el libro le había
 gustado de verdad - ¿W. en casa Rubén, me echare una
 pocas líneas, como un "tombé"? - De Moréas me he olvidado en
 un simple asunto de recibo - ¿qué cosa de Moréas. Una de
 dos: o el libro es muy malo o los poetas de la Ville Lumière son muy
 poco polis - La disyuntiva es de fierro, ¿no le parece? Soy L. Díaz

10 de junio de 1903, también custodiada en la Biblioteca Nacional de Chile, Díaz aplaudía el propósito de Rubén de elaborar una antología de poetas nuevos de lengua española, “a la manera del volumen sobre los modernos franceses [*Poètes d’Aujourd’hui*] de [Adolph van] Weber y [Paul] Léauteaud”, ocasión para referirse a dos volúmenes elaborados por la baronesa de Wilson y para recordar que “el libro de Romagosa, que pudiera haber sido algo bueno, no es conocido fuera de Córdoba”, así como para advertir a Rubén contra los exagerados elogios que había prodigado en *La Renaissance Latine*, donde a él lo había considerado “poeta célebre”, y (lo que Díaz no podía soportar) “el Heredia sudamericano” al también argentino Diego Fernández Espiro, otro amigo de los años de Buenos Aires. Eso era lo que, efectivamente, podía leerse en el artículo mencionado: “M. Fernandez Sphiro [*sic*], avec du sang grecque comme vôte Moréas, est l’auteur des plus célèbres sonnets. C’est notre Heredia. [...] M. Léopoldo Díaz [*sic*] est un poète célèbre et très français » (Darío 1903: 707). En cuanto al libro de Carlos Romagosa, se trataba sin duda de *Joyas poéticas americanas*. Colección de poesías originales de autores nacidos en América, antología publicada en 1898 en la Córdoba argentina y ya adecuadamente estudiada (García Morales 1998: 98-105).

Díaz volvía a escribir el 5 de mayo (3RC-721-1-47) para felicitar a Rubén por su nombramiento como cónsul de Nicaragua en París y para interesarse por un artículo que este le habría prometido dedicarle en la revista madrileña *Helios*. También hacía alusión un artículo publicado en la revista *Mercure de France* que no había leído pero en el que vertía opiniones desfavorables para Darío un “Sr. Bengoechea” al que relacionaba con “la raza de los Calandrelli”. Se refería, desde luego, a los ataques que el italiano Matías Calandrelli, profesor en la Universidad de Buenos Aires y en otras instituciones académicas argentinas, había dirigido contra *Prosas profanas* en dos artículos publicados en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* en 1898 (Carilla 1967: 143-149). Díaz trataba sin duda de acercarse a Rubén con recuerdos de aquel pasado argentino compartido. Resentido aún, decía descreer de las celebridades francesas, contaminadas de *ganymederie* (o algo así), mientras que los latinoamericanos se mantenían aún “viriles y completos”. La excepción había sido Laurent Tailhade, quien le había dedicado un comentario en “Les reflets de Paris” que publicaba en la revista socialista *L'Aurore* (30 de marzo), cuya lectura recomendaba a Darío. Apenas dos días después, el 7 de mayo, otra tarjeta (3RC-721-1-48) volvía a recomendar la lectura del artículo de Tailhade sobre *Las sombras de Hellas* y volvía sobre el ahora ya leído del colombiano Alfredo de Bengoechea que *Mercure de France* publicó en su número de ese mes de mayo, efectivamente atentatorio contra el prestigio de Rubén: el autor situaba a su primo José Asunción Silva a la cabeza del movimiento renovador, y exageraba la deuda del nicaragüense con la literatura francesa (González-Rodas 1972: 75-76). Díaz animaba al agredido a dar la respuesta adecuada, que pusiera las cosas en su lugar.

Darío no parecía interesado en esas tarjetas enviadas desde Ginebra a 166 rue Legendre. El 23 de septiembre de 1903 (3RC-721-1-52) Díaz volvía a lamentar la falta de respuestas. Había leído en la *Revista Moderna* de México una capítulo de *La caravana pasa* —el que allí se tituló “Páginas nuevas: la intelectualidad extranjera en París”, incluido en el número correspondiente a la segunda quincena de agosto de 1903— y pedía que le enviara ese libro editado en París el año anterior, interesado como siempre en cuanto publicaba, a la vez que de nuevo le anunciaba que pronto recibiría *Las ánforas de Sileno*²⁰. Mayor interés ofrece otra del 24 de octubre del mismo año (3RC-721-1-54), y eso porque cuenta que “el famoso doctor Hugo Marcus ha sido preso por supuesto robo en un hotel de Coire”, lo que de algún modo había comprometido al cónsul argentino en Suiza y amenazaba con comprometer al cónsul de Nicaragua en París: interrogado, el doctor había recordado su amistad con Darío, quien le habría presentado a Díaz en

²⁰ No tengo noticia de la publicación de ese libro, quizá uno de tantos proyectos inacabados de Leopoldo Díaz. Al final del *Las sombras de Hellas* constan como “pour paraître” los poemarios *Les opales du collier*, *Les palais illusoirs* y *Les jardins de Thulé*. No es imposible que alguno de ellos estuviera en el origen de *Atlántida conquistada. Poème en sonnets*, que Díaz dedicó al general Bartolomé Mitre y al frente del cual aparecía un soneto “A la memoria de José-María de Heredia”. Los versos del “Pórtico” previo resumían el contenido y dejaban constancia de la nuevas pretensiones americanistas de Díaz: *Del azul Archipiélago, que un día / Byron, inconsolable, recorría, / desplegando las velas, como el ave / sus fuertes remos, se alejó mi nave / con rumbo a las Atlántidas de Ensueño, / que el divino Platón viera en un sueño*” (Díaz 1906: 8). Al final de *Atlántida conquistada. Poème en sonnets* se anunciaba *Les fleches d’or*, con traducción también verso de Raisin, y “en préparation” *Rêves antiques, Les Amphores du Silence* y *Les flûtes de cristal*. Quizá *Les Amphores du Silence* era *Las ánforas de Sileno*, que seguía en proyecto.

La Nación, en los tiempos de Buenos Aires. A instancias del juez de instrucción, Díaz se había visto obligado a dar la dirección de Rubén en París. Ignoro si este se vio implicado en el posible proceso, cuyas consecuencias no debieron de ser graves. Quizá tengan relación con aquel incidente dos misivas posteriores de ese enigmático Hugo Marcus: la que envió a Darío el 10 de mayo de 1904 desde Bonn, conservada en el Seminario-Archivo Rubén Darío de la Universidad Complutense de Madrid, y una carta en francés custodiada en la AECID, fechada el 23 de noviembre de 1904 en Buenos Aires y dirigida al cónsul de Nicaragua en París (3RC-721-1-100), en la que se declaraba agradecido a quien en momentos de infortunio había permanecido al lado del amigo, y esperanzado en que se le hiciera justicia. Se trataba de Samuel Hugo-Marcus, profesor de enfermedades nerviosas, miembro de la Academia de Medicina y médico del Hospital Santa María cuando publicó su *Higiene de los nervios* (Buenos Aires, Félix Lajouane) en 1893.

36 rue de Courville - Paris 24 Octobre
 M^{rs} Rubén - El famoso doctor Hugo
 Marcus ha sido preso por supuesto robo
 en un hotel de Course - y el intemporal
 ha declarado ser amigo personal de mi
 intimidad y que yo habia sido preso
 todo el por en "La Nación" hace
 años - y he dado su dirección de W.
 a pedido del Juez de Instrucción de aquí
 tal vez le piden declaración - lo he embu-
 fectado por que me he tenido jamás intimidad con
 ninguno, lo he y lo pido usted - sup-
 Leobardo

La última de las tarjetas de Díaz conservadas en la AECID está fechada el 28 de septiembre (3RC-721-1-53). Por entonces esperaba viajar a París y verse con Rubén antes de que terminara el año, y se refería de nuevo a Schiaffino, quien debía de haber emprendido el viaje desde Buenos Aires hasta la capital francesa. Este comentario de las relaciones entre Díaz y Darío debe concluir aquí, pero no sin dejar constancia de que esas relaciones estaban destinadas a perdurar. Entre las pruebas más concluyentes se cuenta una carta fechada en Ginebra el 31 de mayo de 1907 —Ghiraldo (1943: 113-114) transcribe erróneamente "30 de mayo de 1902"— y conservada en la Biblioteca Nacional de Chile. A punto de emprender el viaje de regreso a Buenos Aires, Díaz daba respuesta a otra en la que Rubén le había contado de los días recientes de gloria en la capital argentina y luego de su búsqueda de paz y de descanso en Mallorca. Celebraba sinceramente los triunfos de su amigo y compartía con él las "tempestades íntimas" que también a él lo aquejaban, para agradecerle después las palabras que había dedicado a su último libro: sin duda se trataba de *Atlántida conquistada*, publicado en Ginebra en 1906.

No está de más recordar también que la muerte de Darío le inspiró el soneto “Trofeo”, donde el poeta recogía las plantas y flores idóneas para hacer “funerario trofeo / para depositarlo sobre tu mausoleo, / hermano que descienes hacia el Hades oscuro”. Díaz lo incluyó en su poemario *Las ánforas y las urnas* (1923: 97), cuando desempeñaba funciones diplomáticas en Noruega.

Referencias bibliográficas

- Barcia, Pedro Luis, “Rubén Darío en la Argentina”, en *Escritos dispersos de Rubén Darío (recogidos en periódicos de Buenos Aires)*, tomo I. Estudio preliminar, recopilación y notas de Pedro Luis Barcia; “Advertencia” por Juan Carlos Ghiano. La Plata: Universidad de la Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1968, pp. 11-76.
- Carilla, Emilio. *Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina)*. Madrid: Gredos, 1967.
- Darío, Rubén, “Le mouvement latin. Amérique Latine”, *La Renaissance Latine*, 2^{ème} année, n° 3, 15 mars 1903, pp. 690-708.
- “La vida de Rubén Darío escrita por él mismo para *Caras y Caretas*”, *Caras y Caretas*, año XV, n°. 733, Buenos Aires, 19 de octubre, 19121, s. p.
- “La vida de Rubén Darío escrita por él mismo para *Caras y Caretas*”, *Caras y Caretas*, año XV, n°. 736, Buenos Aires, 9 de noviembre, 1912b, s. p.
- “La leyenda del poeta Leopoldo Díaz”, en *Escritos dispersos de Rubén Darío (recogidos en periódicos de Buenos Aires)*. Estudio preliminar, recopilación y notas de Pedro Luis Barcia, 1968, pp. 95-96.
- “Eduardo de la Barra (y) un libro de Leopoldo Díaz”, en Roberto Ibáñez, *Páginas desconocidas de Rubén Darío*. Montevideo: Biblioteca de *Marcha*, 1970, pp. 39-41.
- La caravana pasa*. Edc. crítica, intr. y notas de Günther Schmigalle. Berlin: edition tranvía-Verlag Walter Frey, libro segundo, 2005.
- Díaz, Leopoldo. *Sonetos*. Pról. de Juan José García Velloso, VII-XLVIII. Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser, 1888.
- Las sombras de Hellas/Les ombres d’Hellas*, avec la traduction en vers français par F. Raisin; préface de Remy de Gourmont. Genève/Paris: Société Général d’Imprimerie Succ. De Ch. Eggimann & C^{ie}/H. Floury, 1902.
- Atlántida conquistada. Poème en sonnets*. Frédéric Raisin, traducteur. Genève: Atar, 1906.
- Las ánforas y las urnas*. Cristianía [Oslo]: Det Mallingske Bogtrykkeri, 1923.
- Estrada, Ángel de, “Rubén Darío”, *Nosotros*, año X, n°. 82, febrero de 1916, pp. 170-181.
- Fernández, Teodosio, “Apuntes para una biografía de Rubén Darío”, *Insula*, n°. 838 (2016a), octubre, pp. 18-21.
- “Rubén Darío en Italia (septiembre-octubre de 1900)”, *Actio Nova. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, n°. 0 (2016b), pp. 93-109.
- García Morales, Alfonso, “Construyendo el modernismo hispanoamericano: Rubén Darío y Carlos Romagosa”, en Alfonso García Morales (ed.). *Rubén Darío. Estudios en el centenario de Los raros y Prosas profanas*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1998, pp. 85-114.
- Ghiraldo, Alberto. *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1943.
- González-Rodas, Publio, “Orígenes del modernismo en Colombia: Sanín Cano, Silva y Darío”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n°. 268, octubre de 1972, pp. 62-92.
- Ibáñez, Roberto. *Páginas desconocidas de Rubén Darío*. Montevideo: Biblioteca de *Marcha*, 1970.

- Montalvo, Juan. *Geometría moral*, con una carta-prólogo de don Juan Valera. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1902.
- Palma, Ricardo, “Pocas palabras”, en Leonidas Pallares Arteta. *Rimas*. Lima: Librería, Imprenta y Encuadernación Gil, 1894, pp. I-IV.
- Pallares Arteta, Leonidas. *Rimas*. Lima: Librería, Imprenta y Encuadernación Gil, 1894.
- A Juan Montalvo*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1913.
- Risco, Ana María, “Canto y desencanto del cisne. Rubén Darío en el diario *El Orden* de Tucumán (Argentina 1898)”, *Anales de Literatura Española*, 26 (2014), pp. 363-392.
- Rodríguez Andrade, Carlos. *Ecuador y Nicaragua: vínculos histórico-culturales*. Managua: Decenio Editorial, 2002.
- Torres, Edelberto, “Cartas inéditas de Rubén Darío”, *Cuadernos Universitarios* (León, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua), segunda serie, año I, n.º. 2, vol. II, enero de 1967, pp. 441-470.
- Ugarte, Manuel, “El zar en Francia”, en *Crónicas del bulevar*. Pról. de Rubén Darío. París: Garnier Hermanos, 1903, pp. 301-308.
- Valera, Juan. *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo 1877-1905*, con una introducción de Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sainz Rodríguez. Madrid: Espasa-Calpe, 1946.
- Villacastín, Rosario M. *Seminario-Archivo Rubén Darío*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1987.